

Puerto Real (Caucanos)

1993

1

Días pasados, recibí la amable visita de un amigo con sus dos hijas pequeñas y gemelas; una me miraba curiosamente; sus ojos brillaban interrogantes; le acaricié la cabeza y se atrevió a preguntar: "¿Eres una viejecita?"

En los cuentos de antaño, recuerdo que para nombrar a las brujas decíamos: Una vieja mala; y para citar a las hadas bondadosas, decíamos: Era una viejecita... La niña avivó mi vanidad, pero interiormente me dije: tengo la obligación de mejorar.

¡Cuántas cosas comprendemos a estas alturas! Hemos subido una pendiente, tropezando con abrojos y flores, y al llegar, volvemos a contemplar la cuesta de la vida y decimos: Todo eso es nuestra película.

Pasémosla por alto y veamos despacio los alrededores de la cumbre que aunque no sean de nuestro agrado, están ahí, sorprendiéndonos con nuevos paisajes.

No podemos cerrar un rapar nuestros  
ojos como "el nene que no está" y yo  
misma he de escribir de otra forma  
porque no soy quien para dar consejos,  
ya que cada persona es distinta, siente  
de otra manera según su medio, según  
su salud, según su economía y según  
su carácter. Pero en todos existe un  
punto común: el deterioro físico, lo  
que llamamos vejez.

... allá en la cumbre  
nos encontramos  
y recordamos el tiempo que pasó;  
las ilusiones también pasaron  
y solo nos quedan  
pequeños recuerdos en el corazón.

Es la letra de una habanera que  
compuso un tío mío y en la que yo creía  
a pie juntillas y que ahora comprendo  
por qué mi padre se sonreía al oirla:  
"en las ilusiones también pasaron..."; Qué  
gran mentira! - pensaría mi padre. Mientras  
haya vida hay ilusión, porque la vida  
nos sorprende cada día con latigazos  
o con caricias y siempre es insegura  
y deseada; por eso en la vejez, en la  
cumbre, se multiplican las ilusiones.

a mí, en este momento en que escribo a mis amigos de esa residencia, me surgen nuevas ilusiones, entre otras normales referentes a la familia, deseos de pasear por Las Canteras, mirar la ancianidad de estos pinos de descarnadas raíces, empeñados en vivir, en regalarnos piñas, en dar asilo a pajarillos, en regalarnos piñas, en seguir cantando con el aire, agradeciendo al sol y a la lluvia sus caricias; me iría a Las Canteras a "subir montes" como hacen los niños; me iría al Muelle para, como siempre, asombrarme con este mar tan chiquito y juguetón; a contemplar la silueta de La Barraca, las grietas de Matagorda, las líneas de S. Fernando y Cádiz y el punto blanco entre verdores, vigía mágico de la bahía: Medima.

Mirando nuestra revista pierdo en su título: Lavia Nueva, en la última arrotea y en el árbol que no ha perdido su verticalidad; tres motivos

en la portada que adquirieren presen-<sup>cia</sup>  
cia y que nos inclinan a la medita-  
ción. Eso será otro día, amigos, porque  
el nombre, la última arrotea y el árbol,  
son tres puntos brillantes, tres oraciones,  
tres verdades, tres interrogantes que nece-  
sitan respuestas.

Necesitamos más ilusiones, más  
esperanzas, más perdones, más amor.  
Necesitamos reír y gozar con las Na-  
vidades o con los carnavales; notar  
cuando llega la Primavera; necesita-  
mos que nos hablen de Tar.

Amigos, confieso que no sé como  
terminar esta comunicación íntima  
y voy a recurrir a unos versos escritos  
por un amigo que tiene hace tiempo  
el pelo muy blanco y que para andar  
necesita ayudarse de un bastón; él  
titula el poema, ~~del que se~~ así:

Hermosura de la vejez

¡Qué hermoso es ser viejo!

¡Qué hermoso es gozar

de un descanso ganado y merecido,<sup>5</sup>  
dejando al sol, besar la piel rugosa,  
y al aire, mecer los nubes cabellos!

Qué hermoso es olvidar lo ya sufrido,  
y reencontrar tu yo en el sendero,  
hablar contigo mismo,  
y oír en lo interno de tu fuero:  
¡Me dio Dios; una misión, y la he cumplido!

Paula Contreras

Puerto Real 24-XI-93